

# EN TORNO A LA ACTUAL DISCUSIÓN SOBRE LA RAZÓN ILUSTRADA

Lourdes Flamarique. Universidad de Navarra

**Resumen:** La crítica contemporánea a la idea de razón frecuentemente se ha centrado en la naturaleza dialéctica de la Ilustración. En este trabajo se presentan algunas de las ideas que han sostenido este debate en los últimos años.

**Abstract:** The contemporary critic on the idea of reason frequently has been focused in the dialectical nature of the Enlightenment. This paper introduces some of the ideas which support this debate in the last years.

Cuando en 1947 aparece el libro de Horkheimer y Adorno titulado *Dialéctica de la Ilustración* no era fácil prever que con ello se establecían los términos de uno de los debates que bajo diversas formas y con distintos interlocutores ha marcado el panorama filosófico de esta segunda mitad del siglo. La aparición de la *Crisis de las ciencias europeas* poco después sitúa el decaimiento del proyecto ilustrado en su contrario en un horizonte filosófico más amplio: el de la autocomprensión de la razón moderna y con ello de la razón de ser de la cultura europea. Estos siguen siendo en gran medida los términos de la controversia en nuestros días.

La denuncia del proyecto más genuinamente moderno como una *lógica del dominio* ha adoptado con frecuencia tintes suficientemente catastrofistas. Ha conseguido también mantener viva la centralidad del concepto de razón en la filosofía contemporánea, aunque en muchos casos haya sido precisamente para atribuirle toda suerte de desatinos o para declararla plenamente superada. En un doble movimiento de ida y vuelta se puede decir que, por un lado, este ininterrumpido debate sobre la idea de Ilustración se nutre sobre todo de la crítica a la razón moderna; ésta constituye la marca identificadora de las corrientes actuales de pensamiento que de un modo o de otro se reconocen herederas de la tradición filosófica. Y, por otro lado, la crítica al concepto de razón no ignora que la fuerza de su crítica procede sobre todo de los productos de la Ilustración, es decir, de su transformación en un sistema social y, por tanto, también de la seguridad que acompaña a lo «institucionalizado».

No es fácil desprenderse de la idea de Ilustración en una sociedad marcada profundamente por sus sucesivas aplicaciones y revisiones en diferentes ámbitos; en su vertiente política ha consolidado una práctica de confrontación dialogada que se orienta a la defensa del concepto de libertad y su expresión jurídica. Así en buena parte de las críticas a la Ilustración late el desánimo fruto de la convicción de que de cualquier modo la idea de Ilustración es irrenunciable. Sacar a la luz esa convicción permite ver su talante moderno, pues argumentan como si la única fuerza operativa

en el vivir humano fuera la razón. La situación parece algo dramática, pues precisamente poner en tela de juicio la legitimidad de las pretensiones de la razón significa decretar la insolubilidad de la dialéctica de la Ilustración y su viabilidad como proyecto racional y, por ende, la «irracionalidad» de la misma idea de razón. Por todo ello, se puede afirmar que una batalla decisiva en la cuestión de la legitimidad de la razón es, sin duda, la que se libra en torno a la Ilustración y su dialéctica, es decir, a la vigencia o el rechazo de sus ideales.

En las páginas siguientes se ofrecen algunas de las ideas que han sostenido este debate en los últimos años. Sin incluir a todos los que son, se presentan algunas de las propuestas que pretenden recomponer el proyecto moderno.

La modernidad desde su inicio ha estado marcada por la existencia de dos movimientos antagónicos en su definición, pero parejos en su desarrollo: la acción racionalizadora y el impulso emocional, por designarlos de una manera muy simple. Su común raíz, la emancipación del sujeto, explica que ambos hayan convivido al tiempo con una fuerza y presencia en la transformación social muy semejantes. Rousseau o Lessing, en un lado, Leibniz o Kant, en el otro, todos confluyen en el Romanticismo donde los dos principios ilustrados emergen con violencia por primera vez. Después vuelven a separarse; el impulso emocional queda relegado a ámbitos descalificados como meramente subjetivos, mientras que la ciencia experimental y su aplicación técnica se asienta como paradigma de racionalidad. El debate simplemente ha sido pospuesto, mientras la naciente filosofía contemporánea está marcada por el paso de uno a otro extremo (vitalismo y objetivismo, pragmatismo y pensamiento crítico).

Como ha señalado recientemente Taylor, hay una contrailustración interna (completamente distinta de la externa procedente del llamado tradicionalismo) que se consume en el Romanticismo e influye en los círculos artísticos y literarios. «Encierra una valoración de la muerte y a veces también del poder que puede llevar hasta la fascinación»<sup>1</sup>. Ha sido preciso recorrer la primera mitad de este siglo con sus claros ejemplos de esa fascinación para que se tematize el conflicto ilustrado.

Volvamos al principio. Rousseau es el primer pensador moderno que percibe el carácter conflictivo del antagonismo de libertad y razón; es decir, la dialéctica de ese movimiento imparabile que quiere someter todas las formas de vida con la razón, (la realidad plural a la uniformidad del concepto). Por ello la Ilustración no es sólo ganancia, significa necesariamente también pérdida. La ceguera en medio de la luz, esa contrapartida no se admite fácilmente en plena euforia emancipatoria. El diagnóstico que Rousseau hace de la Ilustración destaca que junto con el desarrollo socio-cultural desde un estado originario se pierde el regalo de la naturaleza, a saber poder llevar una vida no dividida (*ungebrochenes*)<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> TAYLOR, Ch., «Die immanente Gegenaufklärung». En *Aufklärung heute. Castelgandolfo- Gespräche* 1996. Klett-Cotta. Stuttgart, 1997, p. 70.

<sup>2</sup> Cfr. BUBNER, R., «Rousseau, Hegel und die Dialektik der Aufklärung». En SCHMIDT, J., (Hrsg.), *Aufklärung und Gegenklärung in der europäischen Literatur, Philosophie und Politik von der Antike bis zur Gegenwart*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft Darmstadt, 1989, p. 405.

Si el ejercicio de la razón parece el acto emancipador por excelencia, no es menos cierto que ello responde a una autocomprensión del hombre como originariamente libre. En otras palabras, *sapere aude*, atrévete a saber, es la salida espontánea de un ser que en lo profundo de su intimidad se reconoce como poder, como un poder discernir acerca de sí mismo de tal manera que puede tomar en sus manos la historia y la sociedad. La razón es la facultad propia de un ser libre, no al revés. De este modo en la entraña de la antropología moderna está en germen la dialéctica que bajo diversas formas se ha manifestado en los últimos siglos. El regalo de la naturaleza no es otro que la libertad sin forma, sin cultura, sin determinación. Pero, no hay reposo, la libertad es impulso que la razón configura. Así pues la racionalidad ilustrada está estrechamente unida a una *teoría de la perfectibilidad*<sup>3</sup>, pues nos sabemos capaces de llegar a ser mejores.

Al contrario que Rousseau, Kant confía en resolver las paradojas de la razón; la filosofía kantiana puede ser entendida como uno de los esfuerzos más genuinos por convertir ese antagonismo inicial en el conflicto aparente de una razón retardada sobre su propia naturaleza que no puede evitar ciertas disfunciones, pues ella misma es esencialmente dialéctica. No basta, sin embargo, con desenmascarar como aparentes los resultados que no responden a las expectativas formuladas. La *Dialéctica trascendental* kantiana no consigue la armonía pretendida. Pues evade el auténtico conflicto, el de la libertad y la razón, al enmascararlo con la dialéctica de los dos tipos de legalidades, a saber, la de la libertad y la de la naturaleza.

El romanticismo aspira a corregir los desafueros de la razón contraponiendo la fe y la tradición, y con ello quiere anteponer lo intuitivo y sentimental a lo racional; sin embargo, no consigue escapar del todo a la ambición racionalizadora, es decir, a querer convertir en método lo que antes se ha presentado de modo intuitivo. La convicción de que nuestras creencias, sentimientos y tradiciones pueden corregir los errores del monopolio racional sucumbe parcialmente ante el afán de metodologizar. Pues lo que se ha sido caracterizado previamente por su individualidad es sometido a criterios metódicos. Las tesis románticas están también ellas mismas atravesadas por ese antagonismo; refieren al ser humano como pura intimidad, como fuerza creadora, al mismo tiempo que no pueden dejar de sentir la fascinación por la subjetividad como origen de reglas que abre la esperanza de un saber nuevo, es decir, de una uniformidad propia: a saber, la metodologización y universalización del comprender.

Una nueva dialéctica capaz de integrar estos opuestos y generar un nuevo elemento no deja de ser un nuevo ejercicio despótico de la razón. Así es entendida la filosofía sistemática de Hegel.

Entre tanto, el concepto de Ilustración, la idea de progreso ilimitado, realizada eficazmente sobre todo por la ciencia tecnológica, ha sido objeto de varias revisiones, antes de ser denunciada como máximamente engañosa. La razón moderna, en virtud de la reflexión, se constituyó como única instancia privilegiada legitimadora de todo

---

<sup>3</sup> SCHNÄDELBACH, H., «Was ist Aufklärung?». En *Metamorphosen der Aufklärung*. Edition Diskord, Tübingen, 1988, p. 19.

proceso. Ahora bien, «la razón crítica no es capaz de poner freno a su propia pasión por sacar a la luz todos los supuestos y termina por someter sus propias aspiraciones –la verdad, la libertad, la justicia– a un tribunal de justificación, que, de hecho, no acepta justificaciones. La razón se queda sin instancias de apelación»<sup>4</sup>. Innerarity describe la historia de la Ilustración como el paso del desenmascaramiento al cinismo; en una primera fase, la Ilustración es el combate por la luz. El siglo XIX, en cambio, tras la propuesta romántica instala una visión para la que la oscuridad, lo no sometido a procesos racionales controla las objetivaciones de la luz. Se trata de desenmascarar el submundo de ideales; la sospecha debe ser permanente pues no se puede modificar la esencia de las cosas. La situación es claramente cínica; por un lado, se reconoce el fracaso de la Ilustración y, por otro, se mantiene que todo es engañoso y se diluye la distinción entre la ficción y la realidad.

La unidad anhelada entre hombre y mundo, espíritu y naturaleza, que de manera tan expresiva procura el Romanticismo, se transforma en la amarga desesperanza de una filosofía deshauciada. A partir de aquí la aspiración a la universalidad ni tan siquiera merece respuesta, pues se instala lo precario en el conocimiento, en las costumbres, e incluso en la utopía<sup>5</sup>. La razón es el objeto de sarcasmo de un tiempo descreído filosóficamente. Con ella se identifica lo abstracto, conceptual, sistemático, lo absoluto (lo muerto, disecado, anquilosado); frente a ella se sitúa lo vivo, imaginativo, espontáneo, creativo, sustituible, temporal.

El paso del siglo XIX al XX puede ser definido como la crisis de la modernidad. Pero es preciso esperar hasta mediados de siglo para que la generalización del modelo de sociedad industrial y la desorientación de la cultura europea precipiten la denuncia de la idea de Ilustración por parte de Horkheimer y Adorno.

Desde la condena unánime y la sospecha previa se han alzado otras voces que pretender rectificar el rumbo de una razón ciega. La transformación tecnológica de la sociedad ha seguido imparable, incluso cuando se silencia la voz de sus mentores; el grito todavía audible de una humanidad desposeída de la promesa moderna de libertad ha precipitado nuevamente en nuestro tiempo una reedición de la dialéctica libertad-naturaleza, que parece enfrentarse con el cinismo como única salida a la modernidad.

En el libro titulado *Aufklärung und Gegenklärung in der europäischen Literatur, Philosophie und Politik von der Antike bis zur Gegenwart* autores como M. Frank, J. Mittelstraß, R. Bubner proponen una recuperación de la razón; para ello señalan que en las críticas a la idea de Ilustración opera un planteamiento reduccionista de la racionalidad: se trata de una hipertrofia de la razón teórica frente a la dimensión práctica. En todos ellos la vuelta a una racionalidad no escindida pasa por un repensar a Kant. Si el pensamiento de la libertad está indisolublemente unido al de la racionalidad, renunciar a ésta supone al menos desestabilizar la idea de libertad que sustenta la mentalidad del hombre contemporáneo y con ello de la praxis social y política.

<sup>4</sup> INNERARITY, D., *Dialéctica de la modernidad*. Rialp. Madrid, 1990, p. 52.

<sup>5</sup> INNERARITY, D., *Dialéctica de la modernidad*. pp. 54-72.

Frank reconoce en los filósofos de los dos últimos siglos esa idea unilateral de razón. El término «Ilustración» a veces oculta el verdadero movimiento que atraviesa el siglo XVIII: racionalización. Como tal es reconocido por la crítica ilustrada especialmente en este siglo: M. Weber, M. Heidegger, M. Horkheimer, T. Adorno, Derrida. La racionalidad occidental se ha caracterizado por el uso del principio de razón suficiente o del fundamento (Grunde). Las afirmaciones sobre el mundo y las propuestas normativas requieren una fundamentación de acuerdo con el principio «nada ocurre sin una razón» (*nichts geschehe ohne Grund*)<sup>6</sup>.

La verdad sólo es tal en la medida en que la razón puede dar cuenta de ella, es decir, pueden ser dados argumentos, justificaciones. En definitiva, es el hombre la última instancia de fundamentación. Ese dar razones pronto es dar cuenta (*Rechenschaft*), un disponer calculando sobre algo. El imperio del *Satz vom Grunde* llega a la técnica. Así, el dominio del principio de razón es la esencia de la moderna época tecnológica. La solución no está en salir de la esfera de influencia del principio. Nuestro lazo con él no se apoya en la reflexión sobre las condiciones básicas que hacen posible su entronización y dominio como medida del mundo. Más bien se trata de una interpretación pragmáticamente exitosa del sentido del ser como ser disponible para la voluntad y el entendimiento, dirá Heidegger.

Marcuse y Derrida hablan ya del logocentrismo de una razón cuyo programa de desencantamiento ilustrado ha dejado consecuencias destructivas. La sospecha total frente al logocentrismo reclama inmediatamente lo a-lógico, que no es él mismo racional como alternativa. Su dilema está siempre en que al reconocer el pensamiento como obligado a dar justificaciones, su propia crítica se sirve de lo que critica (Marcuse señala que la Ilustración ciega es irracional, para lo que se sirve de una razón renovada).

Frank distingue dos usos de razón que invalidan la crítica contrailustrada. Uno, en tanto que razón calculadora e instrumental y otro, como razón que precede a la racionalización y se plantea de modo previo a cualquier aplicación la cuestión del sentido. En lenguaje kantiano, señala Frank, la crítica a la razón instrumental no es la obra de una humanidad contrailustrada, sino de la razón práctica que, en tanto que orientada a fines, también reflexiona críticamente sobre sí misma como instrumental. La reflexión por el sentido y la legitimidad de la Ilustración determina un espacio en el que la razón como racionalidad final puede o debe moverse sin daño y de modo útil<sup>7</sup>.

Kant es identificado en la historia de las ideas como uno de los pensadores de la Ilustración más representativos de la misma. En palabras de Hegel es la Ilustración hecha metódicamente<sup>8</sup>. Frank afirma que con la obra de Kant la Ilustración deviene

<sup>6</sup> Cfr. FRANK, M., «Aufklärung als analytische und synthetische Vernunft. Vom französischen Materialismus über Kant zur Frühromantik». En SCHMIDT, J., (Hrsg.), *Aufklärung und Gegenklärung in der europäischen Literatur, Philosophie und Politik von der Antike bis zur Gegenwart*, p. 377.

<sup>7</sup> Cfr. FRANK, M., «Aufklärung als analytische und synthetische Vernunft. Vom französischen Materialismus über Kant zur Frühromantik», p. 381.

<sup>8</sup> HEGEL, G.F., *Vorlesung über die Geschichte der Philosophie*. SW, XIX, p. 554.

autoreflexiva. Por tanto, la *Crítica de la razón pura* debe ser entendida como una obra de la crítica a la razón (por supuesto, *por* la razón). Aquí se inicia una autoilustración de la Ilustración que es completada por el primer Romanticismo. Considera que es una autoilustración *racional* en el segundo sentido de razón que ha distinguido antes y, por tanto, separable del proyecto esbozado de una Ilustración moderna. «Solo en la versión kantiana y del primer Romanticismo puede valer como racional el programa de la Ilustración»<sup>9</sup>.

Es preciso oponerse a la versión analítica de la Ilustración defendida por el materialismo y los empiristas franceses. Al contrario que estos, Kant muestra que hay principios sintéticos y no sólo la concepción analítica y mecanicista del siglo XVIII. La determinación de los objetos por las síntesis *a priori* reclama una explicación ulterior, una segunda síntesis que Kant llama razón. Se comporta respecto a los objetos formados por el entendimiento, como las categorías del entendimiento con respecto al material sensible<sup>10</sup>.

En la misma línea se manifiesta Mittelstraß. No forma parte de la esencia de la Ilustración el convertirse en contrailustración, sino de la esencia de un mundo que pierde su sujeto emancipado en la identificación de razón y entendimiento y las objetivaciones de éste<sup>11</sup>. Donde no se establece la primacía de un sujeto autónomo respecto de las relaciones definidas por él mismo, no cabe hablar de Ilustración. Para ello es preciso reconocer en Kant cómo operan los conceptos de libertad y autonomía sobre los que se proyecta la idea de Ilustración. Las objetivaciones del entendimiento «toleran» una autonomía como un disponer del inicio de las acciones; pero la autonomía desde la perspectiva de la razón es un disponer sobre fines.

Con la distinción entre una Ilustración analítica y una sintética las ideas de la razón tienen una función. Frank afirma que la sospecha sembrada por la tradición empirista y mecanicista de la Ilustración francesa ante las ideas como configuraciones sintéticas impide el análisis de su propia legitimidad. Deja al estado moderno fundado sobre dichas ideas en permanente crisis de legitimidad. Si se quiere un estado racional debe haber cierto componente normativo. La Ilustración misma representa un valor normativo y como tal debe valer no solo fáctica, sino moralmente. Termina diciendo: «agradecemos al Romanticismo que el filosofar también después de la Ilustración pueda ser entendido como búsqueda del fundamento de la unidad de mundo y yo y como algo irrenunciable para la dignidad de una vida consciente. Si esto es metafísica, habrá que pensar sobre su fin nuevamente»<sup>12</sup>.

La frecuencia con la que nos referimos a esta época como una época de crisis es proporcional a la perplejidad con la que los filósofos contemplan la sociedad actual.

<sup>9</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 381-2. Bajo una sospecha generalizada sitúa a los autores de la Dialéctica de la Ilustración. Ellos criticaron un concepto epocal de Ilustración

<sup>10</sup> Cfr. FRANK, M., «Aufklärung als analytische und synthetische Vernunft. Vom französischen Materialismus über Kant zur Frühromantik», p. 390.

<sup>11</sup> MITTELSTRAß, J., «Kant und die Dialektik der Aufklärung», p. 343.

<sup>12</sup> FRANK, M., «Aufklärung als analytische und synthetische Vernunft. Vom französischen Materialismus über Kant zur Frühromantik», p. 403.

Si Kant declaró la situación de perplejidad de la razón y Heidegger se mostró decepcionado porque ahora ni siquiera estamos perplejos, tal vez podamos desprendernos de esa perplejidad que en definitiva sigue reiterando la preeminencia de la racionalidad en la medida en que reconocemos que es inevitable únicamente desde un paradigma de razón y, con ello, desde una comprensión de la Ilustración como tarea. Esto significa retroceder más allá de Kant; o también ir más allá de él.

En el libro *Aufklärung heute. Castelgandolfo- Gespräche 1996* se aborda la dialéctica ilustrada desde otra perspectiva. Paso a detenerme en el trabajo de S. Rosen. Considera que la Ilustración está caracterizada por una carencia predominante, a saber, una contradicción interna. Pues ha procedido a sustituir el paradigma de la fe y las costumbres por el de la razón. Pero, para ello ha operado con la generalización de la racionalidad matemática que conduce a la condena de todo lo no matematizable o retórico como irracional. Cae con ello en la contradicción de que «la justificación filosófica del paradigma de la *mathesis universalis* ni es matemática, ni es matematizable. Debe ser, por tanto, metafísica o retórica y, con ello, irracional»<sup>13</sup>.

Las consecuencias de la universal aplicación de ese paradigma se reúnen en la sociedad científico-técnica, principal objeto de la denuncia contrailustrada. Sin embargo, La Ilustración ha estado inspirada en buena medida por ideales filantrópicos; la esperanza que la *mathesis universalis* ofrecía de estandarizar un modelo de vida bueno ha situado en primera línea la cuestión de la condición humana y su mejora. Rosen considera que el rechazo de la idea de Ilustración para las sociedades modernas es absurdo. Al contrario, se precisa una interpretación razonable de lo que significa Ilustración; sólo de este modo pueden modificarse los fines que ésta persigue<sup>14</sup>.

La irrenunciabilidad de la Ilustración está ligada a su condición de proyecto. Como se vio en las propuestas de Frank o Mittelstraß, la revisión del concepto de razón tropieza necesariamente con los fines, con los *intereses de la razón*. Como es sabido, la razón ilustrada asume no sólo el conocimiento del mundo, sino además su ordenación adecuada al vivir del hombre; ello implica adoptar las tareas propias de la voluntad y con ello reducir al modo de la razón el saber sobre el hombre que *realiza* la facultad volitiva. Esto es precedido de una separación entre razón y voluntad que impide considerar cada una de ellas distintivamente. Es decir, en su peculiar perspectiva respecto a la unidad del ser que llamamos hombre.

Rosen destaca dos peligros de la visión moderna del mundo: el rechazo del *sensus communis* y el temor a reconocer la experiencia cotidiana como un paradigma de la realidad. Ambos están implicados en las valoraciones empíricas en muchos casos contradictorias que desencadenan el escepticismo. Ciertamente el objetivismo pretende haber eliminado la amenaza escéptica, aunque para ello haya cerrado toda vía a la conexión de la facultad de querer con lo real a lo que se orienta. Si la voluntad no se apoya en el mundo de la experiencia, en las presencias reales de los seres, no ejerce su función vital, a saber referir a lo individual como bien. Entonces, opera según un modo que no le es propio: generalizando.

<sup>13</sup> ROSEN, S., «Die Aufklärung neu denken». En *Aufklärung heute. Castelgandolfo- Gespräche 1996*. Kllett-Cotta. Stuttgart, 1997, p. 14.

<sup>14</sup> Cfr. ROSEN, S., «Die Aufklärung neu denken», p. 25.

La vuelta a la experiencia ordinaria, a la vida cotidiana como única fuente que da contenido a los conceptos morales es lo que permite una concepción de la razón que no la separe de la idea de bien<sup>15</sup>. De este modo considera Rosen que es posible modificar los fines de la Ilustración a partir de una reinterpretación de la razón.

Todas estas revisiones de la idea de Ilustración parten de la convicción de que lo que está en crisis es la razón. Quizás haya que admitir que es la idea de libertad la que debe ser pensada de nuevo. La exclusividad con la que ha pretendido distinguir lo específicamente humano ha generado innumerables dificultades a la antropología filosófica enfrentada a dimensiones igualmente originarias en el hombre como el deseo, la voluntad, la corporalidad genérica o la condición temporal de la existencia humana; todas ellas tienen su lugar en la medida en que se disuelva el par libertad-razón. Es decir, en la medida en que se reconozca que la razón no puede iluminar sin resquicios el núcleo de la subjetividad libre, sencillamente porque la intimidad humana no es originariamente sólo razón. De algún modo, es preciso reconsiderar el movimiento interno contrailustrado como una señal que la Ilustración hace a la filosofía para pensarla en un horizonte distinto.

En cierto manera coinciden Frank y Rosen. La razón está llamada a un tipo de unidad que no es simplemente consciente. Ese fue tal vez el mensaje del Romanticismo. Si es tarea de la metafísica y qué pueda significar ésta entonces, son cuestiones que abren expectativas al pensamiento donde hasta hace poco sólo había un callejón sin salida.

\* \* \*

Lourdes Flamarique  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Navarra  
31080 Pamplona

---

<sup>15</sup> Cfr. ROSEN, S., «Die Aufklärung neu denken», p. 35.